

LOS POBRES EN LA EUROPA MODERNA

Stuart Woolf, ed. Crítica, 1989, 258 págs. Traducción a cargo de Teresa Camprodón.

Tras casi diez años de existencia, la colección de Historia de Crítica inicia una nueva etapa encauzada bajo el desglose temático de su producción editorial. Dentro de «Historia y Teoría», serie dirigida por el profesor Fontana, aparece la traducción de *The poor in western Europe in the Eighteenth and Nineteenth Centuries* (Londres 1986), obra que responde a la recapitulación de diversos artículos publicados con anterioridad por el profesor Stuart Woolf, miembro del Instituto Universitario Europeo de Florencia. El capítulo introductorio, por su novedad, representa una interesante reflexión teórica y metodológica en torno al significado de la pobreza en la sociedad occidental del Antiguo Régimen, que debe ser tomada en cuenta en las investigaciones actuales que se realizan alrededor de la marginación en la historia.

En sus inicios, la Historia social centró casi de forma exclusiva su campo de análisis en el estudio de las relaciones establecidas en torno al mundo del trabajo. Ante el compromiso político adquirido por la mayor parte de los integrantes de esta historiografía, la historia del trabajo fue ensalzada a un primer plano identificándola de forma excluyente con aquella correspondiente a su faceta organizada, es decir, susceptible de crear en las clases trabajadoras una toma de conciencia que permitiera el acceso final de éstas al poder. Tal visión, forjada a la luz de los textos clásicos del marxismo que fijaban su atención en la formulación de la conciencia de clase del proletariado en el contexto de la producción capitalista, omitía la existencia de la otra parte de ese mundo laboral, proporcionalmente más numerosa y preocupada ante todo por resolver los problemas derivados de la lucha cotidiana por la subsistencia. Sin embargo, tales planteamientos proyectados hacia las etapas precedentes crearon imágenes engañosas que pretendían mostrar una transformación casi lineal del trabajador preindustrial en el moderno obrero con conciencia proletaria. He ahí, pues, la importancia de abordar bajo nuevos criterios teóricos y metodológicos el estudio de las relaciones laborales y la marginalidad durante los siglos anteriores al advenimiento de la Revolución Industrial de manera tal que permita la caracterización de las estrategias de supervivencia adoptadas por los grupos más desfavorecidos de la sociedad en relación a la estructura productiva en que se insertan, a la vez que ello permitirá inferir el grado de pervivencia de estas fórmulas con la llegada del nuevo orden. Pretende con ello el profesor Woolf fijar un replanteamiento del tema de la pobreza/mundo del trabajo enfocándolo

correctamente dentro del marco histórico que los caracterizó e intentando a la vez un distanciamiento respecto de los enfoques teleológicos aludidos.

El estudio de la pobreza a lo largo del Antiguo Régimen se enfrenta tanto a problemas de índole metodológico como teóricos. Tanto la propia naturaleza de las fuentes empleadas por el historiador social, ajenas en su naturaleza al objeto de estudio en concreto, o la correcta valoración en su globalidad de elementos clave que permitan acercarnos al conocimiento de los medios de vida de las clases trabajadoras (por ejemplo, una valoración adecuada del salario real que englobe no sólo la aportación monetaria por parte del jefe de familia sino que tenga presente las aportaciones, básicas, del resto del resto de los integrantes de la unidad familiar —trabajo femenino e infantil— así como otras percepciones económicas no cuantificables en términos pecuniarios: cobijo, vestimenta, alimentación). Con todo ello, la valoración del concepto de «pobreza» durante la Edad Moderna debe atender al marco de las relaciones socio-económicas que le dan pie. El avance de las nuevas formas del capitalismo comercial comportó amplias transformaciones en la estructura económica que trascendieron en la valoración social de la figura del «pobre». Frente al concepto medieval del pobre como bendito de Dios, la sociedad moderna diferenció y separó al pobre involuntario (aquél que había perdido todo medio de producción y que pasaba a depender exclusivamente de la venta de su propia fuerza de trabajo como medio de subsistencia) de aquél que profesaba voluntariamente la mendicidad como medio de supervivencia. La influencia de la nueva ética del trabajo es palpable. El ocio no fue condenado por ser origen de actos pecaminosos sino por su improductividad. Sobre los últimos la sociedad ejerció la represión en forma de encerramiento o destierro. Los primeros, cuya situación podría entenderse como temporal, eran objeto posible de reeducación y reinserción en el tejido social a través de las instituciones caritativas fundadas durante estos años, elemento que pone en tela de juicio el carácter de lugares de encierro expresado en las tesis de Foucault.

Las transformaciones operadas en la estructura económica de la sociedad occidental del Antiguo Régimen, con las particularidades que cada área geográfica testimonie, obraron de manera fundamental en la naturaleza de las relaciones entre las ciudades y el mundo rural que las circundaba. Por una parte, el proceso abierto por la protoindustrialización fijó definitivamente las claves de la crisis del mundo gremial en las ciudades. En el campo, la creciente comercialización del excedente agrario hacia la demanda urbana benefició tan sólo a aquellos capaces de canalizarlo mientras que la gran mayoría de la población campesina veía empeorar sus condiciones de vida: endeudamiento progresivo, insuficiencia de sus unidades productivas en relación más o menos determinada por los sistemas de transmisión hereditaria de la tierra en según que zonas, sobrepoblación creciente, etc., factores todos ellos que contribuyeron a una progresiva "proletarización" del campesinado. La emigración hacia las ciudades durante una buena parte del año constituyó una fuente de ingresos alternativos que explica en gran parte la gran movilidad del hombre del Antiguo Régimen. Lo que para unos suponía una estrategia de la que dependía la subsistencia durante varios meses del año, para otros, la clase trabajadora urbana, representaba una competencia que presionaba los salarios hacia la baja. A nivel general, por tanto, los cambios operados en la estructura económica incrementaron la vulnerabilidad económica de los grupos

económicamente más desfavorecidos por cuanto indujeron un proceso creciente de descapitalización que los dejó a merced, cada vez en mayor medida, de las fluctuaciones de la economía. Dado que esta presión demográfica se trasladó a las ciudades no extraña pues que la «pobreza» adquiriera su contenido cultural en el medio urbano. El nacimiento de las modernas instituciones de caridad responden a este fin. En su mayoría bajo control eclesiástico, perviven hasta que el liberalismo decimonónico procedió a su restructuración desvinculándolas de aquél, factor a retener entre las causas del creciente divorcio entre Iglesia y Sociedad a lo largo del XIX especialmente en los ámbitos urbanos. El Estado liberal optó por nuevas formas de asistencia domiciliaria, económicamente más rentables que el mantenimiento de las viejas instituciones, mientras acentuó las connotaciones vergonzantes de los aspectos relacionados con la mendicidad y la caridad. En este sentido, la caridad, a juicio de Woolf, habría actuado durante el Antiguo Régimen como una estrategia a dos bandas. Para los pobres como un recurso no desdeñable en determinadas ocasiones en que las fluctuaciones de la economía los situaba por debajo del nivel preciso de subsistencia. Desde esta óptica, el historiador inglés entiende la «pobreza» como una «categoría social» por cuanto que supone la asunción consciente de los valores sociales inherentes a tal condición y que deben ser expresados bajo formas públicas de comportamiento que expresen docilidad, gratitud y deferencia respecto a las élites. Se perpetúan así viejas formas de clientelismo a la vez que la caridad se inscribe dentro del discurso cultural de las élites destinado a asegurar el respeto al orden social vigente y a la difusión del nuevo valor conferido al trabajo.

José Luis Betrán Moya